

Tunja o la melancolía

Sobre la colina mortuoria, desnuda como un sudario, está marcado el sitio donde la tribu reverente adoraba al sol, en el silencio piadoso de la mañana. Este culto aéreo de la cuadriga de pies veloces, magnificada en los himnos órficos, y celebrada en los ritos egipcios como el origen del amor y la iniciación de la vida, no tiene sentido en esta ciudad nocturna. Entendemos este culto luminoso en la divina transparencia de los mares antiguos, en las islas donde nació la alegría de la casta espuma del mar y del verdor pecaminoso de la costa.

Tunja es la ciudad del Viernes de Dolores, cuando se fugan todos los horizontes que conducen a la vida y la tierra, se desgarran como un Cristo de Diego Rivera o del Sodoma. Como en la Bretaña, evocada por el estilista de los Diálogos, el sol se conoce apenas; las nubes parecen sin color; las fuentes de agua fría saltan de rocas áridas y hasta la misma alegría es un poco triste. La sombra de sus árboles sin flores es como acuática, modelada por el canto muriente de una sirena desterrada del mar.

La tierra sin lejanías se recoge angustiosamente en sus contornos. Rocas áridas, peladas y secas. Recuerda a trechos aquella funesta planicie minuciosamente descrita en la paleta de los tercetos florentinos. Es la plenitud del dolor; la madurez de la melancolía. Su signo preciso es el berilo, de color linfático, celebrado por Marbode en el "Libro de las Gemas", que parece un sol fúnebre aparecido entre el agua, símbolo de los deseos y de el agua, símbolo de los deseos del místico reposo que da la paz suprema.

Ciudad formada para los martirios de la inteligencia, todo en ella instintivamente gótico como en ciertas ciudades

lombardas. La tierra ingrata no ofrece allí sino su hastío y su miseria. El campo no decora la vista con la gloria de sus cosechas, las colinas montuosas parecen sollozar en la tarde como corderos huérfanos, el agua no canta la alegría de la vida: lame en silencio los musgos o reza en la desolación de la llanura. El espíritu se vuelve piadosamente hacia el cielo, huyendo de la tierra, que es humo y ceniza, concupiscencia de la carne y martirio de los ojos. Su paisaje es el fondo que reclaman los cuadros espiritualizados del Greco. La tristeza humana ha llegado a ser allí una materia plástica.

Contritos visitamos el templo de Santo Domingo. La pared, de exterior mezquino, anuncia la divina iluminación interior. En una de las naves laterales el altar del Rosario, numerososamente decorado como una custodia, refulge de oro y de nácar. Todo palpita en la presencia de Dios. Es un bosque de símbolos; la transfiguración estilizada de la llama. Como en la montaña del desierto parece que asistimos de nuevo a la entrega de los mandamientos del hombre.

La figura divina de Cristo sangra en sus templos hasta la flagelación. La carne desgarrada, donde brillan las heridas como linternas celestes, parecen realizar un esfuerzo por iluminar toda la tierra. El mundo está limpio de culpas. En torno nuestro se estremece la eternidad. Todo está envuelto en sombras; sólo puede verse el cielo.

La portada de su catedral ofrece en piedra el milagro de una decoración sobria. En ella se mezclan a porfía los símbolos de Atenas y los de Roma. Una de sus naves tiene un sugestivo techo mudéjar, de inapreciable valor artístico, obra perfecta de la arquitectura mosárabe. El sagrario es reluciente y pulido como una joya. Sus altares, de decoración numerosa, ilustran el templo en la maravilla de oro pálido que los guarnece. Todo allí es excisivo como en las supremas expresiones de la mística.

No le pidamos fría razón a esta ciudad ardiente. ¡Qué pobres parecen al lado suyo nuestras modernas ciudades, hijas del cemento y la codicia! En ellas todo proclama el afanoso tumulto mercantil, el triunfo del esfuerzo ordenado: una victoria de filisteos. Popayán y Tunja son los depósitos de energía nacional, los ejes espirituales de la patria. Colocada la una bajo la severa advocación de Palas Atenea,

es la ciudad universitaria, la belleza simple y verdadera, el culto de la sabiduría y de la razón. Es un claro reflejo de la cultura latina.

Tunja, en cambio, es la ciudad del instinto, de las oscuras fuerzas vitales, precisa, definida y ruda como una divinidad indígena. Su aportación al país consiste no en valores intelectuales o económicos, sino en el "ethos", en el carácter, en ciertas virtudes primitivas y salvajes. Aquí nada se imita; todo se crea. Sus campesinos son impermeables a la civilización del hierro y del cemento. Frente a ellos un hombre de nuestro siglo o de nuestra cultura es como un arqueólogo ante un templo milenario de Micenas o de Tebas. Sus ojos asombrados no miran hacia fuera; sus oídos no escuchan los ruidos que llegan del mundo, sus miradas se vuelcan hacia lo interior y encuentran su tranquilidad en el reposo. Su indumentaria, su alimentación, sus costumbres son primitivas. Parece la morada de un astrólogo, inventada en un poema de caballería.

Su instinto es una lámpara milagrosa que descubre en las tinieblas del futuro nuestros equívocos destinos. Es la única comarca del país que tiene una fisonomía autóctona. Keyserling la estudiaría con la pasión que le ha consagrado a ciertas culturas del Africa o del Asia, a los moradores del Himalaya o a los beduinos del desierto. El mundo es un producto de la intuición; el instinto traducido en valores éticos.

Por Boyacá ha pasado la historia larga y luminosa, espiritualizada por el martirio. El hombre tempestad, el de remos de águila y el de cabeza de león, hicieron estremecer sus colinas como los pliegues de una bandera victoriosa. Pero Boyacá no tiene historia, sino que "es" la historia. No tiene presente, pero lleva el futuro entre sus entrañas.

Esta ciudad es ejemplar en Colombia, porque es la sede de la virtud y de la sabiduría evangélica. La dirige un pastor de almas, que ofrece la presencia estilizada de los rabinos galileos. Su barba pastoral, en hilos finos y sutiles se desliza con la geometría perfecta de los arroyos en la llanura. Su vida resplandece por la dignidad y la gracia. Sobre todas las cosas ama la unidad de las conciencias, esta excelente condición de la prosperidad pública, y del orden priva-

do, salvaguardia de los débiles, defensa de los inquietos, fuerte disciplina de los fuertes, y que bien merece se le pague de tiempo en tiempo el precio de algunas lágrimas y el tributo de mucha sangre generosa. La clara figura episcopal de monseñor Maldonado se confunde en nuestra memoria con la silueta de la ciudad mística, colocada por sus deseos confusos en el primer círculo del cielo, pálida, discreta y solitaria en su virginidad cierta.

Tunja nos apasiona en su soledad y nos convence en su tristeza. A ella iremos en busca de paz interior cuando nos fatigue el tumulto de los hombres. Su seno pródigo es misterioso y pacífico como un santuario. Ella ha visto pasar sobre los caminos de sus contornos a los hombres de acero, que fundaron o sostuvieron la república; cada una de sus piedras gastadas parece que salmodia todos los himnos del holocausto. Constante y prudente, sutil y leal; es la tierra de la fe, del deber, del derecho, de la decisión y de la prudencia. Brava, paciente y fiel, se ha dado toda la patria: parece la corona sin flores que iluminó en la tarde del martirio.

SILVIO VILLEGAS

